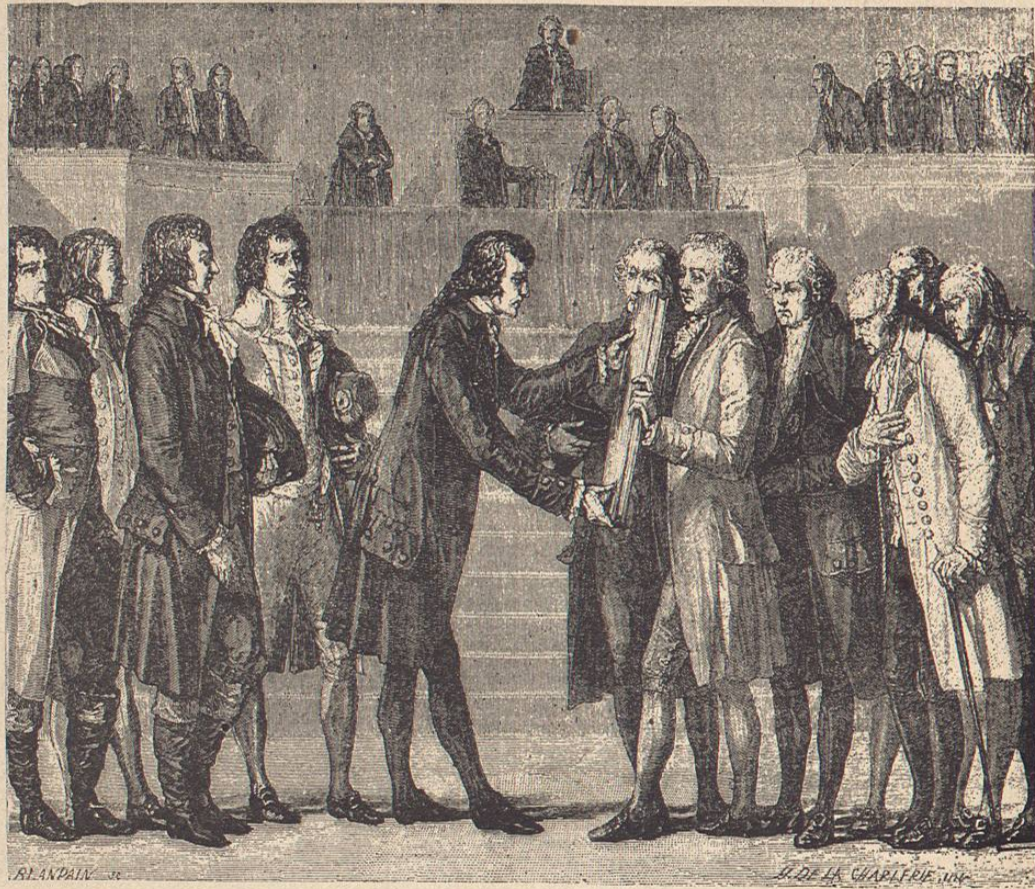


jefes revolucionarios se hizo sentir el 20 de Junio lo mismo que el día de las descargas del campo de la federación.

Dirigieron luego los peticionarios á las Tullerías cuyas puertas defendía la guardia nacional, que naturalmente había de sentirse poco dispuesta á defenderla con las armas, viendo que los que querían atravesarlas para presentar una petición al rey, eran sus compañeros de armas. Las puertas permanecie-

ron cerradas por más ó menos tiempo, pero al fin cedieron y toparon los manifestantes con el rey en la sala llamada del Oeil-de-Boeuf acompañado de algunas personas y de madame Elisabeth que no quiso separarse de su lado cuando sabía que iba á correr el peligro de ser tomada por la reina, y en efecto, fué saludada con el grito de: «¡Abajo la austriaca!»

El rey se mantuvo firme y digno delante de la



Juramento de la Asamblea legislativa

multitud que le gritaba: ¡abajo el veto! y de las amenazadoras imprecaciones de Legendre, y quien sabe lo que hubiera ocurrido después de haberle obligado á ponerse el gorro colorado y beber un vaso de vino á la salud del pueblo de París y de la nación francesa, si Vergniaud, Isnard y Petion no hubiesen acudido para que la multitud se retirara de palacio. Vergniaud é Isnard fueron escuchados y aplaudidos, pero sólo Petion supo hacerse obedecer.

La manifestación al retirarse tuvo que pasar por el gabinete del rey que era en donde se había retirado la reina, y allí acudieron para defenderla varios guardias nacionales, y el mismo Santerre se

puso delante de la reina con el sable desnudo en la mano dispuesto á castigar el menor atrevimiento.

Los manifestantes no habían, pues, hecho más que vociferar en palacio, y gritar «¡abajo el veto! ¡abajo la austriaca! ¡queremos que se llame de nuevo á los buenos ministros!» pero sin lograr que el rey levantara el veto que había puesto á los decretos. De donde resultaba que el vencedor había sido el rey, quien había demostrado una gran energía y serenidad de ánimo. Así iba el rey ganando simpatías cada día más, excitándose todos sus partidarios á la resistencia, y este movimiento producía otro análogo pero opuesto, de modo que los ánimos todos iban enardeciéndose lo mismo en París que en

provincias, temiéndose que de un momento á otro no estallase la guerra civil.

En este estado se presenta Lafayette que había dejado su ejército á Luckner en la Asamblea, el día veintiocho cuando nadie le esperaba. Recibido por la Asamblea le declara «que el ejército estaba indignado por los sucesos del 20 de Junio, y que él venía allí á declararla en su nombre propio y en el de sus compañeros de armas, pidiendo que se des-

truyera la secta usurpadora y tiránica,» los jacobinos, á la que se acusaba de todo, cuando precisamente Robespierre había desaconsejado lo que se quería hacer. Lafayette terminó pidiendo que se tomaran enérgicas medidas para evitar la repetición de tales escenas. Los girondinos se levantaron en masa contra Lafayette, pero la Asamblea recibió su petición y la mandó á la comisión correspondiente.



Club de los Feuillants

En palacio fué Lafayette bien recibido pero no aclamado como un salvador, que es lo que él esperaba. Al retirarse madame Elisabeth dijo que no había más remedio que arrojarle en brazos de aquel hombre, á lo que replicó airada María Antonieta: «No; vale más morir que ser salvados por Lafayette y los constitucionales.»

La sesión de aquella noche de los jacobinos fué la del triunfo de Robespierre, pues allí comparecieron Brissot, Guadet y todos sus amigos para acusar á Lafayette de alta traición, y sin cuenta se sinceraban.

Robespierre no dejaba de haber enunciado la traición de Lafayette; así nadie se atrevió contra él cuando propuso que se presentase á la Cámara una

petición para que se declarase á Lafayette en estado de acusación.

¿Qué iba á hacer Lafayette ahora?

Contando con su ascendiente sobre la guardia nacional, hizo circular órdenes secretas para que ésta se reuniera al día siguiente, 29 de Junio, para presentarse con el rey ante ella y hacerle jurar su unión con el trono. Pero la reina se enteró, y fuese por lo que fuese, avisó secretamente del plan á Petion y éste prohibió la reunión de la guardia nacional. Entonces Lafayette quiso reunir por sí y ante sí á sus adictos, pero éstos, si es que los tenía, se mantuvieron quietos; entonces vió claro el general lo aventurado que era cuánto proponía y cuán inútilmente se había comprometido para salvar á los mismos que

le hacían traición en aquellos críticos momentos, y se volvió al ejército,—30 de Junio.—La corte le dejó marchar y aún es posible que acompañase su salida con una carcajada, y esto que Lafayette se llevaba la corona de Francia al ejército en donde la había de encontrar un gran soldado.

Sucedió, en efecto, que, cuando se vió el ningún resultado que había dado la presencia anti-constitucional é irregular de Lafayette en París, el partido republicano que el acto del general había unido por un momento, recobró toda su energía. Era indudable que se había intentado la contrarrevolución, ahora se iba á intentar la revolución anti-monárquica y anti-dinástica.

Cuando tan eminente había de parecer la catástrofe; cuando hasta á los más tibios y prudentes parecía que había llegado el momento decisivo, ¿se comprende que la corte arrojara lejos de sí á su salvador, al único que podía salvarla? ¿Era esto ceguera? ¿Era esto temeridad? No; era lo de siempre; la corte conspiraba pero á su manera, esto es, á espaldas y á expensas de cuantos querían salvar la monarquía y la dinastía.

El mismo día en que Servan era revocado, esto es, el día 12 de Junio, salía de París el suizo Mallet du Pan, redactor de *El Mercurio*, con instrucciones del rey para los príncipes extranjeros y para los emigrados, instrucciones de las que se encontró copia en el famoso armario de hierro que á tanta gente perdió. Luis XVI encargaba, suplicaba y mandaba á los emigrados que se estuvieran quietos porque comprometían su causa y su vida. Al emperador y al rey de Prusia les encargaba que dieran un manifiesto en común del que resultase que separaban á los jacobinos del resto de la nación, y que en modo alguno peligraba la integridad nacional. Pedía que declarasen «que no entendían proponer ni imponer sistema alguno de gobierno, sino armarse para el restablecimiento de la monarquía y de la autoridad real, tal como S. M. misma entendiera circunscribirla.» Y en fin, que se declarase responsable de la vida del rey, de la reina y familia real, y de las vidas y propiedades de los ciudadanos á la Asamblea nacional, á los cuerpos administrativos, á los ministros, á las municipalidades y á cuantos directamente se hicieran responsables, y que si entraban armados estaban prontos á hacer la paz, pero que para ella sólo tratarían con el rey. De modo que estando en guerra abierta Austria y Francia, el rey de Francia buscaba tales componendas y arreglos con sus enemigos. Cuando se sabe en que días Luis XVI se preparaba con el apoyo de los extran-

jeros á reconquistar su poder absoluto, no es posible sorprenderse por su actitud acerca de Lafayette. No era de éste sino de Mallet du Pan, de quien esperaba el rey su salvación.

Sin embargo, el rey había dado su consentimiento á los trabajos que en el interior hacían los del Comité austriaco y sus ministros, pues el de la gobernación Monciel trabajaba con el más grande ardor y no sin éxito en la obra de restaurar al rey en la plenitud de la potestad real.

Terrier de Monciel, secundado y sostenido por el embajador americano Morris, se proponía alejar al rey de París, disolver la Asamblea, y cambiar la Constitución por medio de una nueva reunión de los *Estados generales*, y como para ello urgía impedir la marcha de los federados, dió resueltamente á provincias la orden de que se les detuviera en el camino y á toda costa. Esta orden salía de París el mismo día que Lafayette. Este no había regresado al ejército como pudiera creerse resuelto á no ser mas que un soldado, no Lafayette fué á sus tropas con ánimo de secundar los planes de Terrier de Monciel, y al efecto se dispuso que se retiraran de Bélgica los soldados de Luckner, y que se concentrasen las fuerzas para oponerse al avance de los prusianos cambiando de mando Lafayette y Luckner, á fin de tener lo más cerca de París á los que se creían, así generales como soldados dispuestos á secundar la fuga del rey á Copiegné y mantenerlo en esta ciudad en donde debía principiar la contrarrevolución, y todo esto no resulta de dudosas afirmaciones sino de los mismos despachos de Luckner y Lafayette al ministro de la guerra Lajard y contestación de éste de 6 y 9 de Julio respectivamente. Todo esto preparaban los amigos del rey para salvarle, cuando él no quería ser salvado sino por los extranjeros.

Si de los planes del rey y de sus ministros y de Lafayette tuvieron los republicanos cierta noticia no podemos decirlo, pero sí podemos afirmar que su audacia en estos críticos momentos sólo se explica por la eminencia del peligro. Cuando los historiadores descuidan de explicar las causas que hacen obrar á los hombres, las acciones de éstos carecen de sentido y parecen más propias de dementes que de cuerdos, por esto se ha divagado tanto y tanto para explicar la actitud resuelta de los girondinos desde primeros de Julio, cuando la explicación resulta clara y evidente de los antecedentes que hemos dado.

Impuestos los girondinos por intuición ó análisis de los hechos externos de la gravedad de su posición, y claro está que la paralización de la guerra

por una y otra parte era de por sí motivo sobrado para afirmar que en las regiones gubernamentales se conspiraba, principiaron desde el mismo día 30 de Junio su ataque en regla contra la monarquía y el rey.

Habíase hecho nombrar después de la dimisión de Roland por la Asamblea una comisión de doce miembros que luégo se elevó á veintiuno, encargada de estudiar la situación del país y de proponer los remedios necesarios á prevenir los daños que de todos lados amenazaban. Esta comisión presentó sus trabajos el día 30 de Junio en medio del estupor de la derecha de la Asamblea, que lo mismo la corte que el gobierno dejaban abandonada porque no era de ella de quien esperaban la salvación, dejando así que se estableciera una legalidad que iba cada vez más estrechando la monarquía y la dinastía, con las que había de acabar muy pronto.

Proponía la comisión que se declarase solemnemente á la patria en peligro, que se declarase en permanencia á todos los cuerpos, que condenase el levantamiento de todos los guardias nacionales, y se hicieran alistamientos para el ejército, á donde enviarían comisionados de la Asamblea; pedíase que se declarara de una manera más precisa y rigurosa la responsabilidad de los ministros en el desempeño de sus funciones, y en fin, se presentaba una nueva ley contra los obispos recalcitrantes. Querían los girondinos principalmente crear un ejército adicto al nuevo orden de cosas, y anegar los elementos de resistencia que aún pudiera tener el antiguo régimen con las oleadas populares que debían recorrer en aquellos días la Francia entera, y al efecto, el día 2 de Julio dió un decreto que anulaba de hecho el de Monciel, pues prometía hospedaje gratuito á todos los federados que se presentaran en París para la fiesta del 14 de Julio, y se señalaba el día 18 como fecha de la concentración de los guardias nacionales en el campamento que se organizaba en Soissons. Además, conforme á las peticiones de los barrios, disolvía la Asamblea el estado mayor de la guardia nacional, y al día siguiente á petición de un diputado que se llamaba Carnot, el futuro organizador de la victoria, se llamaba á París á los antiguos guardias franceses con el pretexto de formar una división de gendarmería que debían mandar Sergen y Panis. Y todo esto lo discutió y aprobó una Asamblea de la cual más de dos terceras partes de sus miembros eran monárquicos convencidos. Tal, pues, era el resultado de llevar fuera de la acción legal la actividad política y gubernamental del poder ejecutivo.

Los debates sobre los acuerdos de la comisión de los veintiuno los inauguró Vergniaud con un patriótico y reservado discurso, en el que pedía se declarase la patria en peligro, por cuanto no podía dudarse que el rey estaba en relaciones íntimas con Austria, Prusia y los emigrados, por lo cual era además necesario que se pronunciase con arreglo á la Constitución la destitución del rey, que ya Gensonné había propuesto en el seno de la comisión. Mateo Dumas procuró oponer su fría y sazónada elocuencia á la del gran orador, pero Dumas no podía hacer más que escusar á Luis XVI, declarando que eran los girondinos los que habían querido la guerra, y que el rey había procurado reducir á la obediencia á los emigrados. Replicó el obispo Torne á Dumas, sosteniendo sin embajes ni rodeos la traición de Luis XVI y que el país no se podía salvar más que por la dictadura de la Asamblea, y como todo esto lo hacía claro y necesario la actitud de la prensa reaccionaria, sosteniendo que era verdad lo que decían los republicanos á quienes se amenazaba tratar como sabían hacerlo con los vencidos los croatas de Austria, la Asamblea que por encima de todo era liberal y constitucional, sin reparar en lo que se comprometía y creyendo cerrar la discusión y hasta salvar al rey ya directa y nominativamente amenazado, dió el 4 de Julio un decreto ordenando la permanencia de todas las autoridades y el levantamiento de los guardias nacionales para el caso en que se declarase la patria en peligro.

Las Tullerías quedaron anonadadas por estos golpes, y como según Morris, no tenían ni un plan bien delineado ni dinero,—*Diario de Morris*, 2 de Julio,—se resolvió volver á la antigua táctica que había favorecido tanto la fuga de los reyes de París adelantándose á los deseos de la Asamblea. Sancionó, pues, el rey cuanto se le había propuesto, y en el mismo día en que se votaba el gravísimo decreto de 4 de Julio, enviaba Luis XVI á la Asamblea un mensaje participándole que quería acudir personalmente á la fiesta del 14 de Julio y que él tomaría por sí el juramento á los federados.

Este golpe de efecto desmontó el ariete de los girondinos, no porque estos creyeran convertido por fin al rey á los principios constitucionales, sino porque la inmensa mayoría de la Asamblea, que tenía por ideal la reconciliación del rey con la monarquía, ya no quiso oír hablar más que de reconciliación y de olvido de lo pasado. De este estado de los ánimos se hizo intérprete en la sesión del día 7 el hombre más autorizado y querido de la misma, el